

*La sifrina de Caurimare*  
**El nostálgico  
 retorno  
 de Laura Pérez**

Earle Herrera

Desde el fondo de los años '80, de la llamada por los economistas y sociólogos "década perdida", con su "muérete que chao" y su goma de chicle existencial, ha retornado Laura Pérez, mejor conocida en los anales de la "generación boba" como la sifrina de Caurimare. No viene, cual Juan José, caminando como un yo no sé qué, sino con el mismo tumbaíto y el chasquear de dedos que para nada impresionan a los pavos de 1990, esos que oscilan entre el yuppismo y el "nada que ver". Laura, el símbolo de una época traumática y vacía, retorna por un sitio imposible, menos probable en la realidad que en la nostalgia, ese "dulce mal" que nos está matando.

La biografía de nuestra heroína ya la escribió en su momento Luis Britto García, con ternura, ironía y humor. Era ella la hija de papá, con estudios inconclusos en el exterior, un vocabulario de monosílabos y "caeta pa'tras", una divina ignorancia de su entorno y una exquisita indiferencia, viajes semanales a Miami y un motor-home en su futuro. Por eso hablamos al principio de época vacía, pero también escribimos la palabra trauma. Sí, porque nuestra querida Laura —abstraída del mundo y mentalmente dueña del mismo— fue la más desamparada víctima del "Viernes Negro", ese sacudón que convirtió a los sifrinos en buhoneros de la Calle Madrid de Las Mercedes.

A los pures de los '70, ideologizados hasta los tuétanos, como que eran herederos de los ex guerrilleros de los '60 (luego metidos a publicistas y corredores de seguro), ella los mi-

raba con un mohín piadoso. En su despiste planetario, hasta cierto punto fue una visionaria, pues intuía el derrumbe de algo grande aunque no alcanzaba a saber qué (se trataba nada menos que del comunismo) ni le importaba mucho. Su filosofía se reducía a "compro, luego existo". O para no enrollarse tanto, la resumía así, el pure Aristóteles aparte: "papi y mami me compran **things**, luego yo existo y muérete que chao". O sea, ¿ves?

Los jóvenes de los '60 se fueron detrás de un médico quijosteco que sentía bajo sus talones el costillar de Rocinante; otros leyeron a Hermann Hesse y se asumieron lobos esteparios; el hippismo y el Poder Joven hicieron el resto. A los años '70 entraron sin Vietnam y sin Marcuse, con el sueño roto de la montaña y el cansancio de un lenguaje que no los expresaba. En la patria de Bolívar, los hijos del petróleo iban a conocer y a vivir un proyecto elefantástico que se denominó "La Gran Venezuela". El sueño duraría un período presidencial que pareció un día.

En medio de esa ilusión y delirio, Laura Pérez abrió los ojos a su primavera. Ella comía helados con capita de chocolate y sus padres —gente protestaria de los '60 y consumista de los '80— viajaban a Miami a ratificar con orgullo su condición feliz de "ta' barato, dame dos". A los chicos contemporáneos de la sifrina de Caurimare —así se presentaba ella, a mucha honra— el ex rector de la UCV, Edmundo Chirinos, los definió como la "generación boba", lo que enardeció a la juventud universitaria y liceista, pero



Laurita ni se dio por enterada. “¿Qué dijo, qué dijo?”, se preguntó haciendo bombitas con su goma de mascar, esa especie de identidad cultural suya que los sociólogos y antropólogos buscaban por el Amazonas y la Gran Sabana.

Un día de 1983, Laura no entendió lo que papá y mamá le querían decir con eso de que “todo se derrumbó”. Su vocabulario de “o sea, ¿ves?” no le permitía comprender eso del “Viernes Negro”, el fin del 4,30 y el “chao, Miami”. Tampoco supo cómo —caete pa’tras— un día decembrino se encontró en pleno corazón de Las Mercedes, vendiendo sus trapos, su patineta, sus gafas, el reproductor del carro y todos los cachivaches de su mamá. Laura Pérez estaba trabajando —aunque todavía no se daba cuenta de ello— y ahora quería estudiar computación en una academia que navega por las aguas procelosas de la avenida Casanova. A Laura, además, le empezaba a crecer la barriguita, otrora de bello ombligo al aire. El mundo esperaba a un sifrineto.

Laura Pérez entró a 1990 con un chamo y divorciada. Hizo teatro con grupos del Ateneo, militó en el feminismo y fungió de redactora en una agencia publicitaria. Había madurado, pero no tanto como para olvidar que fue el centro y el símbolo de una época feliz y despreocupada. Quiso revivir aquellos años y se fue de paseo a lugares concurridos por los jóvenes. Dejó a su hijo en casa, un chamo que no pensaba en Miami porque vivía enfrascado en una guerra con personajes de la cuarta dimensión, a los que combatía todo el



COMUNICACION

37

día en el campo de batalla de su nintendo. Laura ya no mascaba chicle, ni hacía de los helados con capita de chocolate una meta vital y un desafío generacional. Ahora comía galletas de trigo integral y seguía una dieta naturista. Se despedía de sus amistades con un “cuídate”, en lugar del “muérete que chao”. También introducía su declaración de Impuesto sobre la Renta.

Pasó por el centro comercial y vio a un pavo hablando por celular. Le pareció un irresponsable snobismo. ¿Qué tan importante podía estar hablando ese tripa verde por un celular?. Al pasar cerca de un grupo de chamos, pudo escuchar horrorizada cuando uno de ellos, dijo: “ey, Toco, morboséate a esa pure con lycras”. Laura se estiró en sus 28 años, tampoco era un vejestorio, pero estos chamitos de ahora se creen la última cocacola del desierto, los dueños del mundo. Con vengativa desmemoria sentenció: “no tienen nada en la cabeza”.

Volvió temprano al apartamento. Su hijo le contó que había logrado liquidar a un ejército completo de gnomos. No entendió un pelo de ese lenguaje electrónico. Prendió el televisor y se encontró con un tipo que, desde la pantalla, le decía casi en un regaño: “Ahora el petróleo eres tú”. Quiso responderle con una bomba de su goma de mascar, pero se dio cuenta de que ya no masticaba chicle. Comía galletitas integrales. Fue a la nevera, sacó una cerveza, se volvió a sentar y se dijo con resignación:

“Laura Pérez, miya querida, muérete que chao”.